

NOTAS SOBRE LA ACTUALIDAD MUNDIAL

LOS VIAJES DE LOS JEFES DE GOBIERNO ALEMÁN E ITALIANO A PARÍS

Casi borrado el recuerdo de los comentarios, comunicados oficiales y declaraciones de que fueron motivo los viajes que en la última decena de enero hicieron a París los jefes de Gobierno de la República Federal Alemana e Italia, el retroceso permite considerar esa actividad política y diplomática en su conjunto y en función de la Comunidad Económica europea, cimiento de una futura Europa unida, cuyos contornos son harto imprecisos, lo cual contrasta con los muy precisos contornos de la Europa actual, dominada por la gran división entre el Este y el Oeste. Por lo demás, los problemas y las divisiones no escasean a ambos lados del desvencijado telón de acero: las relaciones de la URSS con sus aliados, la falta de cohesión en el campo socialista, el rompecabezas de Berlín, la coordinación de la política exterior occidental, entre otros, y, en el trasfondo, la tarea de asentar la seguridad europea en nuevas relaciones entre las dos partes del viejo Continente.

Cualquiera de estos aspectos de la problemática europea hubiera justificado el viaje a París del canciller Brandt. Con todo, era un viaje que pudo calificarse «de rutina» por efectuarse en el marco de los contactos periódicos previstos por el Tratado franco-alemán de 1963. Que además del apoyo de una Francia amiga a su política con el Este había de aprovecharlo el canciller Brandt para tratar del Mercado Común y, por vía de consecuencia, de los pasos a dar para «hacer» a Europa, era evidente. Si alguna duda hubiera quedado a este respecto, la desvaneció el presidente Pompidou al adelantarse, en su conferencia de prensa del 21 de enero, a definir el criterio de Francia en estas cuestiones. Las razones que adujo para que el Mercado Común avance muy circunspecto hacia la unidad monetaria, la admisión de Gran Bretaña y la integración política, hubiera podido rebatirlas el canciller de la segunda potencia financiera mundial de haber estado sólo en juego preocupaciones euro-

peístas. Pero las grandes dificultades con que tropieza la *Ostpolitik* reducen no poco la libertad de maniobra del animoso Willy Brandt. Le aconsejaron no crear nuevos problemas derivados de discusiones con una Francia recelosa de que la República Federal pueda monopolizar el relajamiento de la tensión con el Este. Por ello, lo mismo en materia de unidad monetaria que frente al ingreso de Gran Bretaña en el Club de los Seis o en lo que atañe a la construcción de Europa, el canciller Brandt se mostró conciliador en París, sin que esto signifique que compartió el punto de vista francés. No insistir en un momento delicado de la política exterior iniciada por Bonn, no implica renuncia a la construcción ulterior de la Europa soñada por Adenauer a la que, paradójicamente, se muestra fiel el socialista Brandt.

Con similar fidelidad a De Gasperi, homólogo italiano de Adenauer, el presidente Colombo pretendió activar la realización de la Europa unida en lo económico, lo financiero y lo político. Por ser otras que las de la República Federal las circunstancias de Italia con relación a Francia y al Este, las conversaciones italo-francesas celebradas en París el 29 y 30 de enero fueron más tensas que las anteriores conversaciones franco-germanas. Concretamente, con relación a la unidad monetaria y el ingreso de Gran Bretaña en la CEE, Colombo dio señales de impaciencia por las trabas que Francia pone a la rápida puesta en marcha de Europa. Porque no se trata realmente de tácticas distintas para alcanzar un objetivo idéntico para todos. Es el objetivo el que difiere. Francia rechaza de plano, como siempre lo hizo, la supranacionalidad e incluso la federación. A lo sumo se aviene a una confederación, con muchos condicionamientos, que sea el remate de un largo proceso desarrollado a base de pragmatismo, es decir, un cauteloso avanzar después de hacer el balance de lo conseguido en el camino que quedó atrás. Al pragmatismo, Colombo opuso el realismo: avanzar después de considerar objetivamente el camino a recorrer. Trátase, pues, de posturas dispares determinadas por esquemas mentales y circunstancias diferentes. Desde la firma del Tratado de Roma, Francia ha perdido en la singladura a Argelia y la Comunidad africana. Replegada en el hexágono, defiende una soberanía de nación ya amenazada en lo económico por Alemania Federal y, eventualmente, también en lo político de prosperar las relaciones con el Este. En cambio, Italia no ha sufrido golpes de este tipo desde el final de la guerra y el problema de la construcción de Europa lo ve primordialmente en razón de sus preocupaciones económicas. Sus preocupaciones políticas refe-

ridas al ámbito europeo, se insertan en la OTAN, o sea, están vinculadas a los Estados Unidos con los que Colombo y Brandt, en las conversaciones italo-germanas de Roma en el pasado noviembre, estuvieron de acuerdo en mantener buenas relaciones, subrayando ambos la importancia de su presencia en Europa. Es criterio compartido por todos los países del Mercado Común, excepto Francia, desligada de esa especie de tutela que ejerce Washington cuando aspiró a ser núcleo inicial de «la Europa de los europeos». Su construcción ha quedado en proyecto archivado, en tanto que la Europa diseñada por el Tratado de Roma subsiste en tamaño reducido, pese a múltiples percances.

El más reciente ha sido el resultado negativo de la negociación de Gran Bretaña con la CEE, celebrada en Bruselas el 2 de febrero, a despecho del propósito ampliamente mayoritario de admisión. Entre el duro 21,5 por 100 de participación británica en el presupuesto comunitario, a abonar a partir de 1973, fijado por Francia, y el exiguo 3 por 100 incrementado progresivamente hasta el 15,9 por 100 en ocho años propuesto por Mr. Rippon, mediaba un abismo. No lo salvaron, apoyando a Gran Bretaña por lo menos, sus más decididos valedores, confundidos a la hora de la verdad crematística y hasta sofocados por la pretensión británica de ingreso en el Club con tarifa reducida y derecho inmediato de voto. De suerte que prevaleció el punto de vista de Francia, que es el respeto del sistema vigente. El empeño de Londres de no reconsiderar sus propuestas ha contribuido al éxito francés, éxito temporal ya que Gran Bretaña mantiene su candidatura y que el 16 de marzo se celebrará la quinta sesión de negociaciones. Acaso la gran polvareda que levanta en Gran Bretaña la decisión gubernamental de ingreso en la CEE no sea ajena a las inaceptables propuestas británicas. Sin perder el contacto, permiten ganar tiempo y esperar a que se despeje el sombrío horizonte interno. En tal caso, las intervenciones germana e italiana en favor de una próxima admisión de Gran Bretaña en la Europa de los Seis ha sido echar agua en el mar.

LAS NEGOCIACIONES PETROLÍFERAS ENTRE FRANCIA Y ARGELIA

Cuando el 18 de marzo de 1962 se firmaron los acuerdos de Evián, un lugar preferente parecía asegurado a Francia en una Argelia independiente. Las perspectivas eran singularmente favorables en lo que atañe a la puesta en valor de las riquezas petrolíferas, que fueron objeto de una declaración

de principios complementaria y aneja al texto de los acuerdos propiamente dichos. Para subsanar las primeras dificultades de este aspecto de la cooperación franco-argelina, en 1965 se firmaron unos acuerdos que modificaban los términos iniciales de la relación entre Francia y Argelia en materia de hidrocarburos. Su vigencia prevista era de cinco años. Así las cosas en lo jurídico, en la práctica no faltaron motivos de tirantez entre París y Argel en el ámbito del petróleo. Se reflejaron en la creación por el gobierno de Argel de la sociedad paraestatal SONATRAC. En un principio, sus atribuciones eran muy limitadas. Andando el tiempo, se incrementaron y, en la actualidad, la SONATRAC, piedra angular del sistema petrolífero argelino, apunta claramente a monopolizar el control de los recursos de hidrocarburos, comiéndole el terreno a las sociedades francesas ELF, RAP y CFP, así como a su filial en Argelia, la SN REPAL, de la que, por cierto, Argelia posee el 50 por 100 de las acciones.

La lucha sigilosa se convirtió en declaración de guerra el pasado 11 de julio al anticiparse el gobierno argelino a pedir una nueva negociación de los acuerdos de 1965, sin esperar a que finalizara el plazo previsto de vigencia. Basó su petición en argumentos difíciles de rebatir: el aumento mundial del precio del petróleo y de los transportes han menguado los beneficios de las compañías petrolíferas mundiales; en cambio, los beneficios logrados por las compañías francesas han aumentado, sin provecho alguno para el país productor. Asimismo, pidió que la tasa de referencia fiscal por barril, fijada a 2,08 dólar, pasará a ser de 2,85 dólar y que el 50 por 100 del importe de las ventas de petróleo a repatriar a Argelia fuera del 100 por 100.

Ante la magnitud de las demandas argelinas, las sociedades petrolíferas francesas pusieron el grito en el cielo, mientras que el gobierno galo iniciaba rápidamente su actividad negociadora, ora en Argel, ora en París. La última tanda de conversaciones se celebró en Argel del 16 al 24 de diciembre. Presidía la delegación francesa el ministro Ortoli, de la máxima confianza del presidente Pompidou, lo cual es exponente del interés que el jefe del Estado francés concede a la solución del conflicto franco-argelino. No se llegó entonces a resultado alguno, si bien en noviembre se había suscrito un acuerdo sobre los gases naturales. El 18 de enero, en principio y en París esta vez han de reanudarse las negociaciones. ¿Con qué posibilidades de «solución satisfactoria» para ambas partes?

Todo sugiere que esta fórmula no corresponderá a la realidad de unos

acuerdos que se negocian sin que ninguna de las dos partes tenga en sus manos el conjunto de bazas que se necesitan para no hacer concesiones, si bien Argelia está mejor provista, dadas las circunstancias actuales. En efecto, debido al cierre del Canal de Suez y a los fletes notablemente más reducidos, los petróleos del Mediterráneo gozan de preferencia con relación a los del Golfo Pérsico que, en larga navegación de sesenta días, se encaminan a Europa por el Cabo de Buena Esperanza, lo cual fundamenta la reclamación argelina de que se aumente el precio de sus petróleos con la llamada «prima de Suez». De otra parte, la escasez de petroleros franceses favorece a Argelia, principal abastecedora de la antigua metrópoli. Pero ambos factores son circunstanciales, supeditados a la reapertura del Canal de Suez y también a la explotación de nuevos yacimientos petrolíferos situados en otras áreas, por ejemplo, el Mar del Norte. Por ello Argelia se apresura a sacar el máximo provecho de una situación transitoria que puede facilitarle los medios financieros que precisa para su vasto plan de desarrollo a aplicar en diez años. Tal plan requiere ingentes capitales. Celosa de su independencia, antes que recurrir a inversiones extranjeras, Argelia se afana por conseguirlos, aunque sólo sea en parte, aprovechando sus recursos naturales. De ahí la pretensión de que los beneficios de las sociedades francesas se inviertan en un 80 ó un 90 por 100 en Argelia, según ha pedido el ministro de Hacienda, Mahruj, lo cual impediría a esas sociedades proseguir investigaciones en otras áreas con vistas a una independencia basada en fuentes diversas de aprovisionamiento.

En cuanto a Francia, sus medios de presión sobre Argelia son limitados. El más espectacular, que es devolver a su tierra natal a los 900.000 emigrantes argelinos, es arma de dos filos. La industria y la construcción galas no pueden prescindir de esa masa de humildes peones. Además, ¿llegaría Francia a semejantes extremos? Se lo vedan las exigencias de su política exterior actualmente centrada en el Mediterráneo. Esa política, que abarca todos los países ribereños, Francia pretende desarrollarla a través de objetivos escalonados. De momento apunta al concierto de los países del Mediterráneo occidental bajo su batuta. En esta perspectiva, Argelia es factor indispensable de una acción conjunta, cuyo proyecto expuso el presidente Pompidou en ocasión de su viaje a los Estados Unidos el año pasado. Es una política que concede a Argelia una baza suplementaria, susceptible de ser determinante en las negociaciones franco-argelinas. Argelia lo sabe. Su reciente tira y afloja de prohibición de embarcar crudos en Arzew con destino a Francia, seguida de comenta-

rios de su órgano oficial de prensa, «El Mujahid», para reducir el conflicto a desavenencias con sociedades y en modo alguno con el gobierno francés, prueba una habilidad táctica que utiliza la ambigüedad para lograr sus fines. Los fines que persigue Argelia son claramente nacionales y económicos. Pero Argelia no impide a Francia que abrigue la esperanza de conseguir lo que se propone en el Mediterráneo. Se lo impedirá tanto menos cuanto que de este modo Francia puede soltar lastre en las negociaciones de París, confiando en la *compensación posterior de un éxito político*. Después del viaje a Marruecos del ministro de Asuntos Exteriores, Schumann, la cooperación marroquí parece asegurada, singularmente si «Francia mantiene en 1971, a su más alto nivel, su asistencia económica y financiera», como dijo. Culminadas las complejas negociaciones franco-argelinas, no se impone como evidente una similar cooperación por parte de Argelia que, lo mismo que España, es indispensable pilar de la política que Francia trata de practicar en el Mediterráneo, con limitadísimo tacto y acierto en lo que a nuestro país respecta.

EL ACUERDO DE TEHERÁN SOBRE EL PETRÓLEO

Muchos han sido los quebraderos de cabeza de los dirigentes de las compañías petrolíferas internacionales desde que el pasado 28 de diciembre los seis países productores de petróleo del Golfo Pérsico plantearon la cuestión de un aumento de su precio. La tormenta no surgió de imprevisto. En otoño de 1970, su amenaza había logrado un aumento de 9 centavos por barril. La pequeña victoria animó a estos países a insistir para incrementar sus beneficios. Al principio hubo divergencias en cuanto a los medios para alcanzar ese objetivo común. Unos, preconizaban un aumento de la producción. Otros, eran partidarios de un aumento de precio de los crudos. Prevalció este último criterio. La unidad de los países productores del Golfo Pérsico no debe sorprender. Es consecuencia de la unidad existente entre los países agrupados en la Organización de Países Exportadores de Petróleo, más conocida por la sigla OPEP, fundada en 1960 por Venezuela, Kuwait y Arabia Saudita. Actualmente, la OPEP es una organización internacionalmente reconocida que ha respaldado las negociaciones de los países del Golfo Pérsico con las 22 sociedades que tienen intereses en esa región. Estas hubieron de renunciar a la táctica inicial del orden disperso para constituir un frente unido, como acon-

sejó el envío de los Estados Unidos, Irving, a raíz de su viaje a Teherán, Kuwait y Riad a mediados de enero. Y, a partir de entonces, Lord Strathalmond, representante de la «British Petroleum», ha sido el principal negociador occidental frente al ministro de Hacienda de Irán, Yamashid Amuzegar. La fórmula ha permitido acortar las distancias creadas por la ruptura de negociaciones del 2 de febrero, ello hasta el encuentro y acuerdo de Teherán del 14 de febrero.

¿Podía dársele tonos dramáticos a esa ruptura inmediatamente seguida de conciliábulos más o menos officiosos celebrados en París? Los planes de desarrollo de los países productores, e incluso sus presupuestos estatales, están demasiado supeditados a la venta de petróleo para que un embargo a partir del 15 de febrero pasara de ser una amenaza. Tampoco los países europeos cuyo petróleo proviene en un 85 por 100 del Golfo Pérsico, podían alejarse de golpe de sus mercados tradicionales, aunque la URSS, más atenta a sus intereses nacionales que a la solidaridad proletaria, hiciera, al parecer, ofrecimientos de suministro a Europa. Es decir, que las arduas negociaciones entre exportadores e importadores fueron un tira y afloja entre necesidades idénticas, pero de signo contrario. El resultado ha sido un aumento de 35 centavos por barril, cuyo precio es ahora 2,15 dólar, aumentados anualmente en un 2 por 100 desde el próximo junio, habida cuenta de la inflación mundial. En cuanto a los beneficios de los exportadores, pasan del 50 al 55 por 100. Finalmente, durante cinco años, los países del Golfo Pérsico no solicitarán nuevos reajustes de precios. Son condiciones que Libia, que negocia el precio de sus crudos, ha declarado inadmisibles.

La limitación en el tiempo del acuerdo de Teherán está relacionado con el esfuerzo que las compañías petrolíferas están haciendo para evitar el escollo de esa especie de monopolio de la producción que actualmente detentan unos cuantos países. Para ello tratan de multiplicar los mercados, lo que permitirá en su día optar por el más ventajoso, aparte de que urge poder hacer frente a la creciente demanda mundial. De ahí la afanosa búsqueda de petróleo por toda la superficie del globo, de la que se registran ejemplos en España. Sondeos aquí, sondeos allí, hace unos años se descubrió un interesante yacimiento en el mar del Norte. Pierde importancia de compararlo con las perspectivas de pasmosa abundancia de petróleo en el subsuelo marítimo del Sudeste asiático y Extremo Oriente.

Los primeros sondeos en las costas de Vietnam del Sur los iniciaron en

1969 un grupo de sociedades norteamericanas. Los resultados han sido tan alentadores que, a finales del pasado diciembre, el general Thieu ha promulgado una ley relativa a la explotación del petróleo en el territorio y costas survietnamitas. Asimismo, en 1969 se hicieron sondeos en las costas de Tailandia, con éxito similar. Camboya no quedó al margen de esta actividad. A raíz del golpe de Estado de marzo de 1970, se estableció un programa de investigaciones norteamericanas-camboyanas, completado con negociaciones entre Pnom-Penh y Bangkok para acordar un programa común que, es evidente, sólo puede ser realidad práctica con la ayuda exterior. Al comunicar el gobierno camboyano, a principios del año en curso, que preparaba una ley sobre los hidrocarburos semejante a la de Saigón, el príncipe Norodom Sihanuk denunció «el saqueo de la riqueza petrolífera de Indochina». Pekín, a su vez, arremetió contra «el saqueo de las costas asiáticas» y proclamó nuevamente su soberanía sobre el subsuelo marítimo, incluido el de Taiwan o Formosa. Pekín no alborotaba a tontas y a ciegas. Mediante un acuerdo firmado con la Comisión Económica de las Naciones Unidas para Asia y el Extremo Oriente, técnicos norteamericanos y asiáticos hicieron estudios en el mar de la China. Los resultados superaron las más optimistas esperanzas: entre Japón y Formosa existe posiblemente el mayor yacimiento de petróleo del mundo. Es decir que el subsuelo marítimo, desde Corea del Sur a Tailandia, así como las costas de Malasia, Borneo y el mar de China, contienen fabulosas cantidades de petróleo, fuente de energía que ocupa un lugar creciente en la vida económica, y por ende política, de los países. El Sudeste asiático y el mar de China pueden suministrarlo a precios interesantes y en abundancia a los Estados Unidos y Japón.

Pero estas previsiones de futuro implican que los acuerdos suscritos con gobiernos amigos no los eche a pique un cambio de régimen, inevitable consecuencia de una victoria de las fuerzas comunistas asiáticas. Estas se percatan debidamente de la baza que pondría en sus manos el control de tan ingentes riquezas. Por consiguiente, la toma de posición de China Popular en la cuestión del petróleo tiene estrecha conexión con las advertencias hechas con motivo de la intervención en Laos, destinada a sentar sobre bases firmes los gobiernos Saigón y Pnom-Penh. Fortalecerlos, neutralizando los comunistas asiáticos, es condición indispensable de la puesta en valor del petróleo del Sudeste asiático y del Extremo Oriente. Es este aspecto del drama indochino, con todas sus implicaciones políticas y económicas, el que impone perfil de tanta gravedad

internacional a los combates que se desarrollan en las lejanas tierras laosianas. Está en juego la estrategia global de los Estados Unidos en el Pacífico, una estrategia que incluye entre sus factores a un Japón, coloso económico que carece de petróleo. Que no ambiciona conquistarlo, cueste lo que costare, lo dice su gestión cerca de Londres para que promueva la neutralidad de toda Indochina.

LA CONFERENCIA DE LA COMMONWEALTH EN SINGAPUR

Cuando el Acta de Westminster de 1928 dio el último toque al proyecto de creación de la Mancomunidad británica de Naciones, o Commonwealth, se puso en marcha hacia un futuro despejado un conjunto de Estados independientes, que reconocían todos la soberanía de la Corona y estaban unidos por vínculos sentimentales, y por intereses económicos y estratégicos que los llevaban a una estrecha cooperación. Los hechos no defraudaron las esperanzas puestas en esa original asociación que agrupaba en torno al Reino Unido e Irlanda del Norte a los antiguos Dominios de Canadá, Australia, Nueva Zelanda y África del Sur, todos ellos países de sangre anglosajona con aportaciones francesa y holandesa, o sea, europeas. Esa Commonwealth que se ajustaba al sentido estricto de la denominación, no salió debilitada de la Segunda Guerra Mundial. Era un éxito que incitó Gran Bretaña a paliar la liquidación de su Imperio colonial con el ensanchamiento de la Commonwealth mediante la admisión en su seno de países cuya independencia acababa de conceder. Así, India, Pakistán y Ceylán fueron admitidos como miembros de una Mancomunidad de la que Gran Bretaña es cabeza, pero sin ostentar por ello mayores derechos que los demás.

La inclusión de tres países de orígenes y razas extraeuropeos no tardó en aportar modificaciones en las reglas del juego de la Commonwealth. En la reunión de primeros ministros celebrada en Londres en 1949, la República India declaró que no admitía la soberanía de la Corona británica, si bien aceptaba que el rey fuera símbolo de la libre asociación de unas naciones independientes y, en consecuencia, su jefe. Por lo demás, la palabra «asociación» es rótulo que encubre gran diversidad de estatutos constitucionales, de circunstancias políticas, de estructuras y sistemas económicos, de culturas y razas cobijados en la Commonwealth, singularmente desde que la descolonización en los cinco continentes donde Gran Bretaña extendía su Imperio ha

cambiado radicalmente su fisonomía y su filosofía. Actualmente, la Commonwealth es todavía una asociación, pero una asociación donde no existe atisbos de unidad política, económica, cultural o racial. Es un poco *un pandemonium* en el que no se evidencia el deseo de salvar una apariencia de cohesión y cooperación libremente aceptada por todos. La Conferencia de Singapur, que se inició el 14 de enero, ha avalado esta visión a lo largo de unas deliberaciones prolongadas hasta el día 22 y dominadas por discusiones sobre lo procedente o no de la venta de armas británicas a Africa del Sur, antiguo miembro de la Commonwealth, que abandonó en 1960.

Grandes temporales provocó tal propósito británico en una asamblea de 31 países donde predominan numéricamente los afro-asiáticos. En buena lógica, éstos rechazan airadamente la política de «apartheid» practicada por Pretoria y que no sólo afecta a los negros indígenas, sino también a los inmigrantes indúes. No obstante, sólo fueron africanos quienes alzaron la voz en la borrascosa conferencia. La argumentación de los presidentes de Tanzania, Zambia y, en menor grado, de Uganda, Kenneth Kaunda, Julius Nyerere y Obote fue sencilla: las armas británicas darán pábulo a la política agresiva de Africa del Sur que pone en peligro las jóvenes naciones africanas y consolidará el «apartheid» y el «colonialismo» portugués. De no reconsiderar Gran Bretaña su postura, apuntaron el peligro de una creciente influencia soviética y china en el Africa negra. Como quiera que en el caso de Tanzania y Zambia el peligro es ya una realidad, el argumento más bien hubo de reforzar la decisión de Londres, aunque Edward Heath sólo pareciera preocuparse de la penetración naval de la URSS en el Océano Índico por el Cabo de Buena Esperanza, omitiendo mencionar que la flota soviética surta en el Pacífico tiene acceso al Índico por los estrechos de Malaca, como pudo comprobarse precisamente durante la Conferencia de Singapur. Tampoco hizo mella en el ánimo del *Premier* británico el propósito de apelar a la Organización de la Unidad Africana para poner coto al complot contra la independencia y soberanía de los países africanos utilizando a una Africa del Sur bien pertrechada. Ni siquiera la eventual retirada de la Commonwealth formulada por Tanzania y Zambia conmovió al jefe del Gobierno británico, firme en su argumentación de que Gran Bretaña cumplirá los acuerdos suscritos en 1955 con Africa del Sur, o sea, suministro de armamento como contrapartida de la utilización de la base de Simonstown. También arguyó que Africa del Sur no pretende agredir a ningún país y sólo estar en condiciones de vigilar y defenderse llegado el caso.

La resistencia británica en cuestión no vital, y aun a costa de una desintegración de la Commonwealth, da que pensar que tal resultado acaso no hubiera causado extrema contrariedad al Gobierno de Londres. Porque una de las consecuencias de la decisión británica de ingreso en el Mercado Común es la necesidad de reconvertir sus tradicionales corrientes comerciales, actualmente establecidas en función de una Commonwealth, que, de hecho, entorpece la maniobra. Esta perjudicará a los demás países miembros, pero saldrían aún más perjudicados si rompieran sus vínculos con la antigua metrópoli, como se admitió en Singapur. Así lo comprendieron Tanzania y Zambia, que recogieron esta vela imprudentemente desplegada y se avinieron a que no prosperase su intento de poner a votación una declaración de principios contraria a Gran Bretaña. Hubieron de plegarse al tradicional consenso para adoptar una decisión. Y ¿qué decisión se adoptó al cabo de una larga semana de discusiones? No adoptar ninguna. A ello equivale el nombramiento de una comisión para estudiar la cuestión de la venta de armas a Africa del Sur. La comisión decidirá si procede o no adoptar medidas contra Gran Bretaña. Así se da tiempo al tiempo.

Porque entre tanto puede haber nuevas perspectivas políticas en Africa. Aunque encastillada en su «apartheid» interno, Africa del Sur ha iniciado una apertura al Africa negra, proponiéndole un pacto de no agresión como prueba de su buena fe. El agudo presidente de Costa de Marfil, Houphouet-Boigny, no se ha tapado los oídos y ha estimado la conveniencia de intentar el diálogo con Pretoria. No puede descartarse que Dahomey, Ghana y Gabón compartan su criterio, lo cual introduciría otro caballo de Troya—uno más—en esa Organización de la Unidad Africana, un tanto dominada por los extremistas, y a la que Tanzania y Zambia llamaban en socorro de los pueblos africanos en trance, según ellos, de ser avasallados por Africa del Sur armada por Gran Bretaña, ¡cual si no hubiera otros proveedores!

LA RULETA CAMBOYANA

Desde el pasado verano, el gobierno de Pnom-Penh esperaba una gran ofensiva militar del Frente Unido del Kampuchea, o partidarios del depuesto Norodom Sihanuk, y de sus aliados el Vietcong y Vietnam del Norte. Han transcurrido los meses sin que la ofensiva se produjera. Las fuerzas comu-

nistas han proseguido su esfuerzo por afianzarse en las provincias ya dominadas, por ampliar su área de influencia y cortar las carreteras que unen la capital camboyana con el resto del país y, sobre todo, con el vecino Vietnam del Sur. Lograrlo hubiera sido sitiar a Pnom-Penh por hambre y asfixiarlo militarmente. Por ello, el objetivo principal perseguido por el ejército del general Lon Nol y sus aliados survietnamitas ha sido la protección de esas carreteras, siempre atacadas y en diversas ocasiones cortadas. Conseguir que estuviesen abiertas de modo permanente, hubiera requerido un impensable despliegue de fuerzas. De ahí un monótono vaivén bélico, muy semejante a un marcar el paso. De otra parte, de tanto esperar en vano la gran ofensiva comunista, Pnom-Penh se adormeció en la espera. Así se explica la sorpresa y los estragos causados por el ataque llevado a cabo en la madrugada del 21 al 22 de enero contra el aeropuerto de la capital de la República jemer y, en menor escala, contra el puerto fluvial sobre el río Mekong. No se trataba de la primera fase de una vasta ofensiva, similar a la desencadenada en Vietnam del Sur durante las fiestas del Año Nuevo lunar o Tet de 1968. Ha sido simplemente una audaz acción de guerrilla coronada por el éxito. El saldo de la ofensiva en Vietnam del Sur fue cuantiosas pérdidas para los comunistas. La experiencia ha aconsejado la adopción de otra táctica: ataques por sorpresa, fulminantes, con fuerzas reducidas, bien adiestradas, provistas de armamento muy adecuado y dotadas de osadía y agilidad para efectuar una rápida retirada. En suma: tirar la piedra y esconder la mano. Tal táctica parece ser réplica a la escalada iniciada por los bombardeos norteamericanos, en apoyo de las operaciones terrestres de camboyanos y survietnamitas. El resultado práctico de aquella acción es ciertamente militar, dada la magnitud de las destrucciones. Es también psicológico: los comunistas han demostrado que pueden imponer la batalla donde quieren. Además, se han apuntado un tanto político al atacar el centro mismo del poder camboyano amigo de Washington. Finalmente, el rumbo que toman los acontecimientos en Camboya habrá de causar repercusiones en los propios Estados Unidos y someter a dura prueba la llamada «doctrina Nixon».

Muchos han sido los acontecimientos acaecidos en el Sureste asiático desde que, en julio de 1969, el presidente Nixon prometiera en Guam «asistencia económica y militar a los países aliados y amigos de Asia». Inevitablemente, han llevado al jefe del Ejecutivo y sus colaboradores a formular nuevas de-

claraciones para completar la declaración inicial y adaptarla a las circunstancias. Por tanto, no es fácil precisar actualmente los límites de la prometida asistencia, habida cuenta, de otra parte, de la decisión de retirar cuantas fuerzas norteamericanas sea posible del avispero survietnamita, dejando que los asiáticos se las vean entre sí, pero sin abandonar a su suerte a los aliados y amigos. Esta especie de cuadratura del círculo define poco más o menos el compromiso de los Estados Unidos en el Sureste asiático.

La restricción aportada al plan de retirada, debido al apoyo prometido, plantea no pocas interrogantes al Congreso, cuya mayoría demócrata no han modificado las elecciones parciales del pasado noviembre. Los muchos reparos que los representantes opusieron a una ayuda económica a Camboya de 250 millones de dólares, es claro indicio de recelo. Sin embargo, esa ayuda, escasamente comprometedora, se imponía con urgente necesidad. Camboya está poco menos que en la ruina, con sus plantaciones de caucho destruidas o abandonadas en su mayoría y la casi totalidad de sus regiones arroceras en manos de los partidarios de Norodom Sihanuk y sus aliados. Si esta necesidad perentoria no llevó el Congreso al gesto generoso sin vacilaciones, no es de admirar que se revolviere cuando, al regresar de su viaje a Saigón, el secretario de la Defensa, Melvin Laird, informó que los Estados Unidos participarían en Camboya «en operaciones de mando y control», nueva fórmula de una intervención norteamericana que, en Vietnam del Sur, se inició con asesores militares. Los representantes clamaron que se vulneraban los términos de la decisión de ayuda a Camboya, anteriormente votada. No ha parado ahí la protesta. A raíz del ataque a Pnom-Penh, un grupo de senadores ha presentado un proyecto de ley que prohíba todo apoyo aéreo o naval a Camboya. Remachaba el clavo de la moción de los senadores Church y Cooper para prohibir toda ayuda militar a ese país.

Estas tomas de posición, cuando ya se perfilan en el horizonte político las elecciones presidenciales, ponen al presidente Nixon en un aprieto. ¿Lo sacará de tan delicada situación una declaración hecha ante el Congreso, a puertas cerradas? Aun cuando el presidente Nixon logre apaciguar a los inquietos representantes, cabe dudar de que consiga desvanecer del todo la vaga impresión de que «el presidente no controla la máquina militar... que lleva su política propia y hace la guerra por propia iniciativa», como ha señalado el ex embajador Galbraith. No desvanecen tampoco tal impresión las afirmaciones de Melvin Laird de que las fuerzas terrestres norteamericanas no n-

tervendrán de nuevo en Camboya. La ayuda será estrictamente naval y de apoyo aéreo a los amigos asiáticos. Por tanto, la VII Flota, con sus «marines», navega por el golfo de Siam. Como quiera que, según Melvin Laird, Camboya recibirá toda la ayuda logística y estratégica que se precise para proteger los soldados norteamericanos en su retirada de Vietnam del Sur, existe el riesgo de que a los Estados Unidos les suceda como a aquel jugador que juró no volver a tocar una carta. Cumplió su promesa, pero se dedicó a jugar a la ruleta. La ruleta camboyana no sería un factor favorable de reelección del actual presidente que, de todos modos, habrá de enfrentarse con alguno de los jóvenes senadores que ya pretenden la candidatura del partido demócrata para 1973 y pulen fórmulas, o por lo menos promesas, para que los Estados Unidos salgan de la trampa en que se ven atrapados en el Sureste asiático.

LA INTERVENCIÓN EN LAOS

Pocos secretos se han voceado tanto y con tanta antelación como la intervención en Laos. En efecto, una semana antes de que se iniciara el 8 de febrero la operación «Lam Son 719», el mundo entero estaba enterado de que iba a efectuarse. Es más, el 1 de febrero se tuvo noticia de que paracaidistas survietnamitas, aerotransportados por aviones norteamericanos, habían ocupado en Laos la meseta de Boloven, situada en la región de Saravan, en la proximidad de la frontera con Tailandia. Moscú reaccionó inmediatamente y, por boca de Kosiguin, arremetió contra el «imperialismo yanqui» con una violencia que contrastaba con la indignación moderada que suscitó en marzo de 1970 el golpe de Estado del general Lon Nol en Camboya y la consiguiente intervención de Saigón y sus aliados norteamericanos. China Popular explotó ampliamente esa prudencia y dejó a la URSS en situación desairada en el campo socialista y ante el Tercer Mundo. De ahí que en el caso de Laos la URSS se haya apresurado a tomar posición.

El único en no percatarse del alboroto originado por la planeada intervención ha sido el jefe del Gobierno de Vientian, príncipe Suvana Fuma. Declaró que había sido informado por la radio de la operación que se llevaba a cabo en el Sur de Laos. Acto seguido pidió que todas las fuerzas extran-

jerías abandonarían inmediatamente el territorio laosiano. Era su deber hacerlo, a sabiendas de que no sería atendido. No hay que ofuscarse por el aparente despiste—o ingenuidad—de Suvana Fuma, que se mantiene penosamente al frente del gobierno de un país dividido por una guerra civil en la que cada uno de los bandos enfrentados es, de hecho, mera pieza de la partida que juegan Vietnam del Norte y los Estados Unidos. Por ello, desde hace años, Laos no ha conocido la paz que parecían garantizar los acuerdos de Ginebra de 1962, que decidieron la neutralidad de este país, así como la de Camboya. Era tanto como asignar límites a las olas un día de temporal. En 1963 se rompió la coalición gubernamental por iniciativa del príncipe Suvanufong, jefe del Pathet Lao, fundado en 1949 por Ho Chi Minh como rama laosiana del partido comunista de Vietnam del Norte. Suvana Fuma trató de mantener el mito de la coalición entre neutralistas y comunistas. Finalmente, se impuso la realidad de que Suvanufong estaba en la oposición armada, al extremo de que en 1968 Suvana Fuma hubo de pedir ayuda a los Estados Unidos para resistir la presión del Pathet Lao. Este, que desde 1963 ocupaba las provincias fronterizas con China y Vietnam del Norte, había ido comiéndole terreno al gobierno de Vientian hasta amenazar su existencia misma, al mismo tiempo que influía en el desarrollo de la guerra en Vietnam del Sur por controlar en su casi totalidad la pista Ho Chi Minh. Por tanto, hace tiempo que Laos está implicado en el conflicto del Sureste asiático, del que su guerra civil es sólo una faceta. De otra parte, la neutralidad laosiana no ha cesado de ser vulnerada, en primer término por Vietnam del Norte y, como réplica, por los Estados Unidos, que desde 1964 bombardean la famosa pista y, en forma indirecta, por China y la URSS. El que Vietnam del Sur se agregue ahora a esos países, está en la lógica del sistemático desprecio de los acuerdos internacionales que caracteriza el conflicto en curso en la antigua Indochina. A este respecto, es peregrina la protesta de U Thant, tan callado ante el incesante trasiego comunista a través de Laos con dirección a Vietnam del Sur, que los norteamericanos han tratado de impedir con bombardeos masivos. Pero los limitados efectos de la intervención aérea han aconsejado una intervención terrestre cuyo objetivo es dismantelar la logística de las fuerzas comunistas y cortar—por lo menos temporalmente—la pista Ho Chi Minh. La operación da al traste con la farsa de la supuesta neutralidad laosiana.

Otra consideración ha influido posiblemente en la decisión de poner boca arriba las cartas en Laos. Después de años de lucha entre el gobierno de Vientian y el Pathet Lao, Suvana Fuma y Suvanufong iniciaron en el pasado marzo negociaciones encaminadas a un acuerdo. Oficialmente no se ha logrado; pero no puede descartarse un tácito entendimiento entre los dos bandos en aras de un poco de paz. La hipótesis explicaría que Suvana Fuma haya quedado al margen del proyecto de intervención, contrariamente a lo que sucedió con motivo de la intervención en Camboya. De hecho, desde hace meses la guerra civil sesteá, lo cual no perjudica a los comunistas, si bien constituye, a corto plazo, una amenaza para Vietnam del Sur. De suerte que se ha llegado a la conclusión, un tanto paradójica, de que la retirada norteamericana está supeditada a la ampliación del teatro de operaciones. Es evidente que no es éste el objetivo perseguido, sino aplazar una eventual arremetida de los comunistas mediante la destrucción de sus aprovisionamientos y el corte de la pista Ho-Chi Minh. De ahí que Melvin Laird pudiera hablar de «una operación limitada en el tiempo y el espacio». Son palabras muy similares a las empleadas en la acción militar del pasado abril en Camboya.

Quiérase o no, el recuerdo de la intervención en Camboya se proyecta sobre la de Laos, con escasas diferencias: no participan fuerzas terrestres norteamericanas y no hay en Vientian un general Lon Nol, sino un defensor del neutralismo-ficción. Y ¿qué se logró con aquella primera intervención en orden al término del conflicto en el Sureste asiático? Ciertamente, se destruyeron los «santuarios» situados a proximidad de la frontera con Vietnam del Sur, pero se han reconstituido en otras regiones camboyanas dominadas por los comunistas. Tal evidencia la guerra que sigue su sinuoso curso en Camboya, singularmente en el Pico de Pato fronterizo con Vietnam del Sur, donde igualmente se siguen registrando escaramuzas y combates. Ello confirma que para convertir en definitivos resultados militares que inicialmente pudieron calificarse de positivos, se precisa una implantación permanente. Está reñida con una «acción militar limitada en el tiempo y el espacio» y, por supuesto, con una retirada norteamericana que reduce la capacidad militar de Vietnam del Sur. Sus fuerzas no encuentran en Laos resistencia apreciable. Tampoco la encontraron al principio en Camboya. Es lógico. Los comunistas aplican en todo lugar el principio enunciado por Mao Tse-tung: «Replegarse ante un fuerte avance enemigo». Pero avanzar por un país de altas montañas y

NOTAS SOBRE LA ACTUALIDAD MUNDIAL

tupidas selvas, cuando parece adelantarse la estación de las lluvias, puede llevar a caer en la trampa de una guerra de desgaste. Por lo demás, una acción militar de este tipo entraña el riesgo de no tomar en cuenta factores locales e internacionales que pueden neutralizar ampliamente los resultados inmediatos de tal acción.

LIUDPRANDO

